

CRESTA BARDAMINA.

<< Las pasiones humanas son un misterio: quienes se dejan arrastrar por ellas no pueden explicárselas y quienes no las han vivido no pueden comprenderlas. Hay seres humanos que se juegan la vida por subir a una montaña. Nadie, ni siquiera ellos, pueden explicar realmente por qué.>>

La historia interminable, Michael Ende

Tengo para mí, que la excursión del Club a la Cresta Bardamina ha sido, sin menospreciar a ninguna otra, la de mayor dificultad, riesgo y emoción de las programadas para este año y, también en mi opinión y por esas mismas razones, la más atractiva y esperada.

No vi defraudadas mis expectativas respecto a lo que la jornada dio de sí. Es más, superó en dificultad y emoción lo que se esperaba de esa atractiva cresta. Pasiones. Son, pasiones. Inexplicable.

El planteamiento que Carlos hizo de la "excursión-multiaventura", consistía en una ruta circular, que saliendo del refugio de Estós (1.980 m.), en dirección al Collado de La Paúl, pasaba por las cimas de los picos, Inferior de La Paúl (3.073 m.); La Paúl (3.078 m.) y Bardamina (3.079 m.). Todos los picos se hacen por la Cresta "La Paúl- Bardamina". Una vez alcanzado este último pico, debíamos continuar por cresta, con algún paso de II+, en dirección Este, hasta encontrar el ibón de Montidiego y el collado del mismo nombre y descender hasta la GR 11, para regresar a Benasque por el ibonet de Batisielles y cabaña de Santa Ana. Un recorrido en horizontal de más de 22 kilómetros, con un desnivel acumulado de unos 1.300, que pensábamos hacer en 10 horas. Al final fueron casi 15 por las circunstancias que seguidamente relataré en esta crónica.

No era una excursión para todos los públicos, ni se podía tomar a la ligera. La cresta se pasa por su filo, casi constantemente, durante 4 horas de mucha tensión y escasos momentos de relajación. No es fácil aunque se esté acostumbrado a transitar por encima de los tres mil y se tenga mucha experiencia en montaña. Es un lugar de vértigo constante, donde alguien se puede sentir "atrapado" si no consigue controlar el medio en el que se está moviendo. La atención

debe ser constante y máxima en todo el recorrido. Solo personas muy acostumbradas a escalar, trepar y destrepar con soltura, sobre un terreno muy descompuesto de bloques de piedra, que en muchas ocasiones se mueven bajo nuestros pies o a la tracción de una mano, deben adentrarse en este tipo de actividades donde un error, una decisión equivocada, o un fallo en el terreno, pueden tener malas consecuencias. El riesgo asumido en esta cresta es alto.

La aventura comenzó el viernes por la tarde en el refugio de Estós. Allí estábamos todos, sentados frente a un perolo de garbanzos. Cada cual llegó por sus medios, haciendo la ruta desde el aparcamiento de Estós. La cuestión era llegar a la hora de cenar, y cenando estábamos a la montañera hora de las 8 de la tarde.

Digo: "todos", aunque y en realidad éramos los 5 que quedábamos de los 12 inscritos, que por circunstancias, gozosas en algún caso o dolorosas en otros, quedamos como resto del grupo.

Digo: "garbanzos", aunque nuestra experta en refugios, haciéndose pasar por vegetariana, cenó una deliciosa crema de verduras y una tortilla de queso, causando la envidia del resto de comensales, que con ojos como platos, "degustábamos" unos insulsos garbanzos, de previsibles, penosas y apestosas consecuencias al día siguiente en medio de la cresta, y una carne, que para mayor "Inri" nos dijo. la falsa vegetariana, - Esa carne tiene pinta de ser de marmota vieja -.

Alguno hizo inmediata promesa de veganismo radical, pero de nada sirvió y a la cama nos fuimos con la marmota o lo que aquello fuera.

La noche, como todas las de los refugios. El que las ha probado, lo sabe. Los tapones de silicona ayudan.

Sobre las 7:20 comenzamos la marcha después del mínimo aseo y un penoso y lamentable desayuno de bollería industrial. Echamos de menos viejos tiempos de desayunos montañeros de verdad. Ni la falsa vegetariana tiene alternativas para ello. En fin, se está perdiendo todo.

La senda comienza en Estós, bajando hasta el río, por una zona agradable. Vamos rodeados de vacas y de dos perros que las conducen con destreza admirable. Pronto cruzamos un puente-palanca para comenzar a subir por la margen derecha, ya en dirección al collado de la Paúl. Tras algún que otro despiste en la perdularia senda, que podemos reconducir gracias al GPS de María Jesús, entramos en el "reino de las piedras", que ya no dejaremos en muchas, muchas horas. Vemos el collado y parte de la cresta que tenemos que recorrer, pero realmente todavía estamos lejos en medio de una pesada e incómoda canchalera de piedras con escasa

huella de paso y mojones. Al fin, tras cuatro horas y media de subida agotadora, llegamos al Collado de la Paúl, donde realmente comienza la cresta La Paúl-Bardamina.

Dicen en el valle, que Dios hizo el mundo en siete días, y las piedras que le sobraron de la obra, las tiro allí. Y me lo creo. Solo con "desescombrar" aquella zona, se podría construir un pequeño planeta.

Son casi las 12 de la mañana, ante nuestros ojos se abre un paisaje espectacular, con el Posets como centro de nuestra admiración, y los Gemelos y Veteranos a su lado. Hacia el Norte, Gias, y Clarabides, seguido del Perdiguero, y allá a lo lejos Aneto y las Maladetas.

Pero hemos ido, no solo para admirar el paisaje, si no para recorrer una cresta cuyo inicio está ya bajo nuestros pies. Nos pertrechamos con el casco, dejando la cuerda y el arnés en la mochila para más adelante y atacamos todos con seguridad, el primer tres mil del día, La Paúl Inferior (3.073 m.). Realmente la cima se alcanza en 5 minutos, con una sencilla trepada. Es el tres mil más fácil que he visto en mi vida, salvando las 4 horas y media de aproximación al collado que está también por encima de los tres mil metros.

Resulta curioso observar que pese a los pocos metros que hemos subido desde el collado y hemos caminado sobre la cresta, estamos a una gran altura sobre el suelo, como si a cada paso nuestro, la tierra se hubiera hundido en un cada vez más profundo valle. Y así es realmente, por lo que la sensación de vértigo, ya no nos dejará en ningún momento en las próximas casi 4 horas.

Descendemos del pico inferior, ya siempre por la cresta, con alguna vira por la izquierda. A lo largo del recorrido, son escasísimas las viras a derecha o izquierda, por lo que casi todo el tiempo permaneceremos en el filo de la cresta, por la integral, con el valle cada vez más abajo, y paredes verticales en las que, en caso de caída sería imposible hacer una detención a tiempo.

En este punto tenemos el primer contratiempo de la mañana. Alejandro, tras el importante esfuerzo realizado para llegar al collado, y la tensión de los primeros metros de cresta, siente importantes calambres. Esperamos a que se hidrate y coma algo que le reponga. Intenta continuar, pero los calambres continúan, y ese es un mal lugar para continuar con calambres por lo que, con el permiso de Carlos y en solitario, decide desandar la parte de cresta andada. Alejandro regresa y Carlos le indica que debe hacerlo por donde hemos venido, hacia Estós. Pero Alejandro, toma sus propias decisiones, y una vez llegado al collado de la Paúl, decide emprender otra ruta, sin plano, ni GPS, ni brújula. Así es Alejandro. Lo vemos

bajar por un nevero por el valle de los Ibones, pero no podemos comunicarnos con él, salvo a gritos desde la cresta sin entender nada. Desconocemos qué le ha hecho cambiar las claras instrucciones de Carlos, y lo peor es que no sabemos a dónde se dirige. Pensamos que quizás a Orús, que está más cerca, y valoramos bajar en esa dirección al final de la cresta para encontrarnos con él. Durante varias horas no tenemos ningún tipo de contacto "racional" con Alejandro. Nos preocupamos mucho más, cuando a partir del Pico Bardamina, la niebla en el valle, la lluvia y el granizo hacen su aparición bajo la forma de tormenta con sus rayos, sus truenos y su granizo intermitente cada vez de mayor tamaño. En una situación como esta, saber que un compañero anda solo, a pesar de ser Alejandro, con su experiencia, pero a la vez con su vehemencia, nos preocupa.

Volviendo a la cresta, es una sucesión de bloques de tamaños diversos, encajados entre si de forma caótica, por el capricho temporal de la naturaleza, pero que poco a poco irán cayendo al fondo del valle, incluso algunos lo hacen a nuestro paso. Es un caos de piedras, que se apoyan las unas en las otras en un equilibrio inestable. No hay una sola parte llana en todo el recorrido para dar 4 pasos seguidos y cómodos.

Al bajar del pico inferior la situación se complica más, hay que extremar las precauciones, da la sensación que en cualquier momento todo se va a desmoronar; por que está todo muy, muy descompuesto y roto, sin armonía. La tensión de algunos crece, mientras otros disfrutamos pensando cómo resolver las dificultades que se presentan frente a nosotros minuto a minuto.

Reconocemos que esta cresta nada tiene que ver con la Espadas Posets, que hicimos hace dos años. Aquella tiene algún paso parecido a estos, pero aquí los pasos de dificultad son constantes y sin un instante de respiro.

Bajo las instrucciones de Carlos, vamos resolviendo los pasos más complicados, poco a poco y con mucha atención. El patio que hay a ambos lados corta la respiración para alguno y a otros nos invita a volar.....

Es toda una sucesión de trepadas, destrepadas, pasos en equilibrio sobre el filo y flanqueos esquivando bloques empotrados. Alguno de los compañeros queda agotado, ya no tanto por el esfuerzo físico, si no por la tensión emocional. Especialmente al pasar por el lugar donde se recomienda hacer un rapel de 15 metros para evitar una zona especialmente difícil y peligrosa. Carlos nos muestra la forma de superar ese complicado y técnico paso, con solvencia y miedo, en proporciones desiguales según a quien se pregunte. Una vez al otro lado, es cuando nos dice que ese era el paso para el que llevábamos la cuerda, pero que: ¡¡ Ya está !!. Risas y "llantos" con maldiciones.

Creo que María Jesús y yo, disfrutamos especialmente de esas dificultades y esperábamos con interés el siguiente paso para ver cómo se resolvía. Carlos nos señala la mejor manera de hacerlo. Pasamos a la

bavaresa, ponemos a prueba la adherencia de nuestras zapatillas en lugares que solo podemos cogerlos con las manos y apoyar sobre roca inclinada sin grieta de referencia, incluso tenemos que hacer algún paso de hombros. Todo divertido y emocionante, pero sin ningún tipo de seguridad que no pase por nuestra propia fuerza, imaginación y destreza. Como he dicho antes, no apto para todos los públicos. Lo mejor es no pensarlo, aunque a mi me gusta mirar para abajo y ver los impresionantes patios y caídas al vacío que vamos superando.

Finalmente, alcanzamos la cima de Bardamina, con la falsa ilusión de que todo sería más cómodo desde allí. Comemos en la cima a las 14:30, y ante la amenaza de lluvia, comenzamos a descender por la cresta Bardamina. Sin noticias de Alejandro. Ahí encontramos casi las mismas dificultades y la brecha de Bardamina, que está calificada como de II^o +. Es una destrepada y trepada de unos 5 metros, que se hace con pocos agarres de manos, pero sin mayor dificultad.

A las 15 comienzan a caer las primeras gotas de lluvia. Curiosamente, el valle de Estós, está despejado y es el lugar al que pretendemos bajar, si encontramos al compañero perdido. El valle de los Ibones se cubre y despeja por momentos.

La tormenta viene por el Sur, y viene "con todo". Nos alcanza de lleno a 2.800 metros. Con la lluvia, además de los rayos, llega el granizo. Al principio son "anisetes", pero en las sucesivas oleadas, va aumentando de tamaño hasta ser del tamaño de canicas, que duelen al alcanzar alguna parte descubierta.

Seguimos sobre terreno de piedras de tamaño regular e inestable, la canchallera de toda la vida, pero llevamos ya muchas horas sin pisar un palmo de tierra y con la lluvia los resbalones son frecuentes. Debemos prestar mucha atención.

Y por fin, allí, junto a un ibón sin nombre, bajo la lluvia, vemos y oímos a Alejandro, el hijo pródigo. Dice que él nos seguía desde abajo, y que salió a "nuestro encuentro" por donde pensaba que debíamos regresar a Estós. La experiencia le ha salvado de su imprudencia. Carlos le riñe, pero es más la tranquilidad que sentimos de verlo sano y salvo entre nosotros, que las ganas de "canearlo" que no son pocas.

Ciertamente, una vez superada la zona de peligro y viendo cómo se estaba poniendo el día, estábamos muy preocupados por Alejandro, pasamos nervios, pero no podíamos hacer nada.

Finalmente llegamos a un collado desde el que podemos ver entre la niebla el Ibón de Montidiego. Todo piedra y cada vez más mojada, al igual que nosotros. Hasta las 18 no dejará de llover y

granizar, y los truenos se escuchan cada vez más lejos. Se hace cierto el dicho de los gallegos que he escuchado tantas veces, "Nunca llovió, que no escampara" y cuando ya comenzamos a pisar hierba, la lluvia ha cesado completamente. Nos queda todavía encontrar la mejor ruta de bajada hasta la GR 11 que comunica Estós y Orús.

Lo hacemos siguiendo el GPS de María Jesús, que marca una poco transitada senda, poco amojonada, que al final se pierde y nos obliga a bajar por un barranco, entre piedras, hierba y vegetación alta, que vuelve a dificultar nuestra marcha.

Pasadas las 19:30 alcanzamos la GR 11. Llevamos 12 horas de ruta con escasa paradas. Estamos cansados, pero sabemos que desde aquí la ruta es conocida, muy bien marcada, y cada vez más ancha.

No hemos llegado al fin y todavía nos quedan más de 2 horas para llegar a los coches. Tenemos que llegar al Ibonet de Batisielles, luego a la cabaña de Santa Ana y de ahí hasta los coches. Finalmente son más de 14 horas las que hemos tardado en hacer todo el recorrido.

No hemos tenido cobertura de móvil en todo el día, por lo que Carlos me pide que me adelante lo más deprisa posible para que aquellos que nos esperan, especialmente María Emilia, estén tranquilos. Camino deprisa y troto en los llanos y las bajadas. Llego al aparcamiento a las 21 horas. Mis compañeros tardarán todavía 45 minutos.

Y aquí termina esta larga crónica, de una larga jornada montañera. Mirando hacia atrás parece que hayamos hecho tres excursiones distintas y seguidas. La llegada al collado, la cresta y el regreso. Un largo día que tardaremos en olvidar, donde todo estuvo bien, estuvo mal y a ratos, regular. Pero acabo bien y eso es lo que cuenta. Regresamos todos y amigos, algunos sin adrenalina, otros con ganas de volver. Eso es ser montañero. Pasiones. Son, pasiones. Inexplicable.

Walt Whitman dijo:

"Hoy, antes del alba, subí a las colinas, miré los cielos apretados de luminarias y le dije a mi espíritu: cuando conozcamos todos estos mundos y el placer y la sabiduría de todas las cosas que contienen, ¿Estaremos tranquilos y satisfechos? Y mi espíritu dijo:

No, ganaremos esas alturas para seguir adelante".

DOMINGO AGUILAR.

